

SERIE RELATOS - TESTIMONIOS 1

Ricardo Loncon Antileo

Rupape Maw
Que pase la lluvia



ÑUKE MAPUFÖRLAGET
2002

Serie Relatos - Testimonios 1

Rupape Maw

Que pase la lluvia

Ricardo Loncon Antileo



ISBN 91-89629-10-8
Ñuke Mapuförlaget

Aproximadamente unos mil quinientos metros al sur de nuestra casa hay un cerro que aparenta ser el más alto de todos los que le circundan. A veces cuando llueve mucho y el agua se detiene por algunas horas, mi papá mira hacia allá y si se observa una neblina que lo cubre en parte dice: “va a seguir lloviendo, hay niebla en el ngillatuwe”¹. Si no hay nada es porque va a parar el agua por varios días. También en el invierno hay días de espesa neblina que con el paso de las horas desaparece, pero en el cerro ésta puede permanecer todo el día y a veces el siguiente.

Hacia abajo en dirección oriente está la comunidad de Malalwe, una zona de planicies y amplias vegas. El cerro que también le llaman Treng-Treng², pertenece a la comunidad y está dentro de sus límites con otro poblado mapuche que se llamaba Weyilwe, desaparecido por completo con el paso de los años.

Son muchas las comunidades que tienen cerros con el nombre de Treng-Ttreng, son estas alturas las que salvaron a los mapuche del diluvio universal que cubrió toda la tierra, pues, en la medida que aumentaba el nivel de las aguas estos cerros crecían y la gente que se subió a ellos sobrevivieron a la catástrofe y poblaron de nuevo sus territorios. Pero, para crecer debían estar apoyados sobre cuatro pequeñas colinas a manera de pilares que comenzaban a levantarse con el ngillatun(roгатiva), que los mapuche hacían sobre ellos cuando Kay-Kay, la fuerza del agua, castigaba sin contemplaciones a la humanidad.

Este Treng-Treng de Malalwe tiene solo tres colinas que le sirven de pilares. Se dice que en aquel diluvio perdió una de ellas, de manera que en una emergencia podría crecer, pero no lograría la altura necesaria.

¹ En mapudungun, lugar donde se hacen las ceremonias.

² Crece-Crece.

Para peor suerte, una de aquellas colinas sufrió más tarde una terrible fisura, un deslizamiento de tierra dejó hasta el día de hoy una profunda quebrada, que comienza en la hijuela de los Kewpu y desciende hacia las vegas de Malalwe. En esa grieta cubierta de hualles, aromos y quilantos, nace una vertiente que no se agota ni en la más prolongada sequía y surte de agua a la casa de Carmelo Poblete, un hombre que criaba muchas ovejas y vendía abundante chicha de miel.

Más abajo, vive la familia Lagos, los Zavala, Armando Fuentes, los Huenupe, los Torres y otras casas más que componen aquella pequeña comunidad de mapuche.

Ya no queda gente de la tierra en ese lugar no hay tierra para vivir, por eso la mayoría de la juventud se ha marchado a Santiago u otros lugares. ¿Qué hubiéramos hecho aquí? -dicen después cuando llegan a visitar a sus progenitores... totalmente urbanizados, con otro lenguaje e intereses.

En los antiguos planos aparece la comunidad como: "Reserva Juan Nahuelpi".

Un día de fines de febrero, más o menos por las trece horas, estábamos en casa mamá, papá y yo. Bajo la sombra del aromo que tenemos en nuestra puebla, nos disponíamos a almorzar ocultándonos un poco del caluroso sol veraniego. Casualmente, ese verano lo pasamos muy solos con mamá, mis hermanas repartidas a los cuatro vientos: Santiago, Temuco, Rancagua eran los remitentes de las cartas que llegaban. Mi papá llegaba en los fines de semana de Traiguén donde vivía con otra de mis hermanas.

Ya habíamos terminado de trillar y en adelante los días eran más relajados. Si bien no falta qué hacer en el campo: trabajos pequeños como la huerta, los cercos, la chacra, en fin, cantidades de pequeñas cosas ocupan los días que van desde fines de febrero hasta fines de marzo.

La cosecha del trigo es lo que más urge al hombre de campo en estos primeros días del nuevo calendario, cuando ellos se van quedando atrás. Hasta el próximo año, se respira una tranquilidad jubilosa. Aunque la cosecha no haya sido buena, la alegría, la satisfacción se apodera del corazón del hombre, de la mujer campesina. Entonces dan ganas de salir de paseo a la cordillera, al

mar, a cualquier parte, como lo hacen los de la ciudad, que después cuentan: fui aquí, fui allá, lo pase así... Pero si hay un sector social que no conoce de ese tipo de placeres, es el campesino, el mapuche de las comunidades, ¡La gente del campo nace y muere ahí no más pu...! Sin conocer una playa o el centro de Santiago. Entonces lo que más ocurre es que se visiten los vecinos para comentar algún suceso escuchado por la radio o asistir los domingos a un partido de fútbol y alegrarse bailando un poco con unos tragos de más.

Lo otro, puede ser asistir a un Ngillatun que se realice ya sea en Temulemu, Pantano, Reñico o Quetrahue, que son comunidades donde aún hay muchos mapuche que aman sus tradiciones y las siguen cultivando.

Nos disponíamos al almuerzo que mamá preparó para ese día, un pollo con arvejas, ensaladas de repollo con tomates y un jarrón de chicha -elaborada con mis manos- que estaba medio picantita. Esa que se hace de peras con manzanas bajo el más estricto control casero y que pasado unos quince días, adquiere un sabor y color tan único e inimitable que su sola presencia espumante en los vasos invita a tener sed.

Eso era lo que había sobre la mesa de rústicas tablas, bajo la fresca sombra del aramo, donde el leve viento sur parecía quedarse un rato revoloteando entre las ramas. Ese día, comentábamos entre otras cosas, las esperanzas que muchos ciudadanos se habían forjado en torno a la figura del recién electo presidente democrático. Entonces de repente mi papá dice:

- ¡Mira, va una máquina por el Ngillatuwe!.
- A ver, ¿dónde va?, que no la veo -dije orientando mis ojos al lugar indicado.
- Allá va pu, subiendo la quebrada -dijo él.

Era una trilladora de planta, tirada por un viejo tractor que ruidosamente subía la cuesta, ayudado por una yunta de bueyes.

- Todavía queda trilla por ahí -comenté.
- Hasta fines de marzo pa' allá todavía hay trilla -agregó mamá.

Saboreábamos nuestro apetitoso almuerzo y en los vasos de vidrio la chicha transparente y chispeante esperaba...

Papá mirando siempre en dirección donde subía la máquina, cambió totalmente de tema y dijo:

- ¡Que haya queda'ó por toda la vida esa quebr'a hombre!.
- ¿Antes eso no era así? -preguntó mamá.
- ¡Nooo pu vieja!. Fue un año muy lluvioso cuando se hizo barranco eso pu- y agregó -fütra kuyfi (hace mucho tiempo).
- Decía el finao de mi abuelo- continuó -esa vez llovió veinticinco días sin parar.
- ¿Ahí fue cuando le sacaron sangre a tu abuelo? -dijo mamá.
- Esa vez fue pu. Antes los mapuche³ tenían mucho poder vieja. Cuando no llovía, hacían un ngillatun y tenían agua. O si llovía mucho, como esa vez, se unieron los de aquí, Lefweluan, con Malalwe y otras comunidades cercanas y pararon el aguacero no mas pu. Controlaban la naturaleza -terminó.
- Si ahora hubiera que hacer eso, tal vez no resultaría. ¿Qué te parece papá? -pregunté.
- ¡Queee! Ahora no quedan mapuche pu hijo -respondió mi padre- Ya no se habla la lengua. Pa' que el ngillatun tenga efecto todos deben rogar en mapudungun, nadie debe de estar de mirón. Así escucha Ngünechen⁴, si no se cumple eso ngünamngey dungu (no tienen sentido las cosas). También hay que llegar al rewe vestido de mapuche, ahora la vestimenta se está perdiendo, a las mujeres no les quedan sus prendas de plata. La 'caurería' se va al 'pueulu', después parece que les da vergüenza que les hablen de estas cosas ¿Cuándo va a parar la lluvia con gente así?
- Qué mal estamos -comenté profundamente tocado con el tema.
- De aquí a cincuenta años más... ¿Chumleay che kay pu mapuche? (¿qué será de los mapuches?) -se preguntó mamá.

Papá empezó a recordar su infancia de hace unos cincuenta años atrás.

³ Las palabras escritas en mapudugun que aparecen en el texto como mapuche, longko, trutruka, entre otras, no se pluralizan para no distorsionar la lengua mapuche, que no pluraliza con "s" como el castellano.

⁴ Divinidad o ser supremo que gobierna a los mapuche.

- Cuando yo crecí, todo esto era puro mapuche. Jugábamos al Palin los 'cauritos' chicos... ũlkatuyawkefuy pichikeche, lemu püle, mawida püle. Inyawlen ñi pu kullin. (Cantando en su lengua andaban los niños por los montes y los cerros, cuidando sus animales). Ahora esto es puro wingka, en Malalwe no hay nadie que se viste de mapuche. Aquí en Lefueluan sólo tu mamá y tu tía se visten de chamal (vestido mapuche tradicional, tejido a telar de color negro).- ¿Y los demás?

-¡Mas encima- siguió -¡Lefweluan lo cambiaron por Nahuelvan! Es más fácil escribirlo y pronunciarlo pu- terminó papá algo melancólico.

Sin darnos cuenta, los platos estaban vacíos, mamá preguntaba si deseábamos más comida. Como el tema se tornó interesante, accedimos sin mayores titubeos.

-En realidad, hemos perdido mucho papi, parece que la mayoría de nuestra gente no se da cuenta de esto...

Papá quedó silencioso, comiendo con la vista sobre el plato. Me pareció que no deseaba hablar.

- Se dan cuenta, cualquiera se da cuenta pu hijo- continuó mamá.

- Pasa que estamos ahogados por los winkas, arrinconados por to`o la`o, la radio, la tele, las escuelas, los gobiernos...

- Falintukelafi mapuche dunguyegün wesakeche- finalizó. (no valorizan las cosas mapuche, gente mala).

- Estos desprecian por completo la sabiduría mapuche pu- asistió papá, como retomando el hilo de la conversación.

- Papi pero cuéntame . ¿Qué decía tu abuelo Antüpi?

- ¿Cómo fue eso del ngillatun con su sangre?- Dije como insistiendo a mi viejo que hablara de eso.

- ¡Pobre fina`o, mi abuelo; tantas cosas que sabía!. No hablaba bien el castellano pero era un libro el pobre viejo, hijo... era un libro.

- ¿Cómo fueron sus tiempos de niños, de juventud? - Preguntó mamá pensativa, mirando hacia lo infinito, hacia el ngillatuwe.

¡Cómo era ese hombre!, pensé. Mi bisabuelo nada menos, el padre del padre de mi padre. Así de simple y no sé nada de él. No hay

nada escrito de su vida, ni siquiera una anécdota, que se seguro las tuvo. En la escuela me enseñaron que los grandes hombres pasan a la historia y sus nombres se hacen inmortales y son honrados por las generaciones que les suceden. De tantos hombres ilustres que me hablaron los profesores, apellidos italianos, alemanes, etc., que a veces no sabía ni escribirlos. Ellos hicieron la historia de este país, decían los profesores...

¿Y los mapuche? Nada que nos honre y nos dignifique escuché de la boca de los educadores en los pocos años que estuve en la escuela. ¿Quién sabe algo de Antüpi y de la gente de su tiempo?.

De todos estos pensamientos se llenó mi cabeza por un breve momento. Felizmente, mi viejo, se dio el tiempo de contarme algo aquella tarde.

- De tantas cosas que le escuché, solo algunas me acuerdo- dijo
Pero eso del ngillatuwe me acuerdo más.

El era hombre indicado para hacer pasar la lluvia, porque su nombre así lo explicaba; ANTÜ; significa SOL. Expuso mi papá.

Esa tarde, después de almorzar, la conversación se prolongó por varias horas. Mamá llegó con la tetera para servir unos mates a su viejo. Yo me preparé un té y dije a mi papá que hablara de su abuelo. El viejo Antüpi.

Llovía y llovía, ese invierno como pocos años, era el mes de julio. Las casas de paja de los mapuche comenzaban a gotearse, las que no estaban bien techadas. La gente encerrada o a orillas del fogón, de pronto se paraba en la puerta y miraban hacia el cielo cubierto de nubes. Nada indicaba que el mal tiempo estuviera llegando a su fin. Los árboles gigantescos de las espesas montañas parecían hombres que se reverenciaban ante la poderosa fuerza del viento huracanado del norte, más de alguno quizás los más rebeldes eran desgajados por aquella fuerza que era capaz de mover enormes masas de nubes en dirección al sur. Más tarde, esas ramas se pudrirían y serían abono para las que vinieran emergiendo a la vida, a los rayos del sol.

Los animales, las vacas, ovejas y caballos quedaban en el monte en las quebradas debajo de los grandes quilantos, solamente temiendo la presencia de los pumas que eran los reyes de las montañas. Algunos piños de ovejas volvían al anochecer a los

precarios corrales cercanos a las rucas, como entendiendo que sus cuidadores, generalmente niños, no podían salir en su búsqueda. El panorama era cada vez más preocupante. Así pasó una semana, creció el caudal de los esteros y se inundaron las vegas, la lluvia caía y caía.

La siguiente semana no fue de lo mejor ni peor a la anterior, se mantuvo en un ritmo que parecía controlado por una extraña fuerza, a la que obedecían el viento, los truenos y los relámpagos.

Se inició una tercera semana de lluvias que parecieron disminuir, el viento se calmó y las lluvias torrenciales se transformaron en finísimas moléculas de agua escapadas de algún gran orificio en el universo. Todos pensaron que eso ya era lo último, las familias se juntaban a orillas de grandes fogones a comentar el largo invierno, planificar los trabajos que realizarían una vez que empezara a verse de nuevo el sol, y los campos pasados de agua fueran de nuevo tierra seca para sembrar papas, habas y arvejas, en fin, toda semilla que cubre la tierra, una vez finalizado el periodo de lluvias.

Pero la naturaleza tenía furia, tenía energías para castigar, quien sabe a alguna desobediencia de sus hijos; en los primeros días de esta semana que parecía de cambios; una noche oscura, de súbito fue iluminada como si un extraño sol se le ocurriese adelantarse a cumplir sus funciones. Primero iluminó toda la tierra, luego fue como que cientos de cañones estallaran todos a un mismo tiempo en una gran guerra; un trueno pareció abrir los cielos y la tierra a la vez. Seguido de otros pequeños truenos y relámpagos, se rompió lo que aparentaba iba a ser una tregua entre los hombres y la naturaleza. Torrenciales lluvias siguieron cayendo, de algunos cerro hubo deslizamiento de tierra tal vez por la acción del trueno...

En el ngillatuwe de Malalwe se produjo el mayor deslizamiento, una grieta larga y profunda apareció ante los ojos estupefactos de los habitantes del sector. Quedaron sepultados quebradas abajo enormes cantidades de árboles y arbustos pequeños.

Los mapuche sintieron gran pena en sus corazones a causa de lo que estaba sucediendo, no entendían esa furia de la naturaleza; hacia pocos años que estaban de nuevo en sus tierras luego de huir de ella a causa de la guerra con el wingka, ahora era la naturaleza

quién se mostraba agria con sus hijos, ya era como veinte los días de inagotables lluvias.

Entonces, los mapuche de Malalwe se preocuparon mucho de lo ocurrido con su cerro, los longko (jefe de comunidades) consultaron a su Machi, (conocedora de la medicina y religiosidad mapuche), ella les dijo que debería realizarse un gran ngillatun, debían consumir puras cosas secas durante la ceremonia, además debían vestirse de blanco, llevar carne de animales de este color y hablar con Antüpi de la comunidad vecina.

La realización del acto quedó a cargo de la familia Nahuelpi y la familia Cayul, pues eran Longko de su localidad.

Se enviaron Werken (mensajeros), a conversar con los Longkomill de Lefweluan para que organizara a sus hermanos respecto del caso que estaba ocurriendo. En medio de la lluvia llegaron dos Werken a la casa de Lonkomill, montados en sus respectivos caballos, vestidos de chiripa, (tapa rabo, atado a la cintura) y gruesos poncho de lana de ovejas. Este los recibió, los hizo pasar a la ruka (casa), donde en un gran fogón a ras de suelo secaron sus prendas y conversaron:

- Nuestros Longko nos envían- dijeron. -Venimos a conversar contigo, hermano. Nuestra hermana machi ha dicho: sólo con un gran ngillatun las fuerzas de la tierra se calmarán y dejará de llover. Nuestro Treng-Treng, sabemos que de ocurrir un diluvio de proporciones no podrá salvarnos, pues sólo tiene tres patas y ha sido herido por ese deslizamiento tierra ocurrido últimamente, por lo que no crecería mucho si tuviéramos que subirnos a él cuando la tierra se inunde.
- Feley peñi, feley müten dungu- dijo Longkomill, que ese día era visitado por muchos de sus amigos, entre ellos, Antüpi, pues eran tío el primero y sobrino Antüpi.
- (Así es hermano, así no más son las cosas)
- Ya son veintitrés días de lluvia, nada nos indica que esto termine- dijo Longkomill.

Antüpi era veinteañero y escuchaba en silencio el tema de los jóvenes Werken.

La esposa de Longkomill, molía trigo cocido en un rincón; sobre un kuzi (piedra de moler, con un manguito de piedra, a modo de hulero) y en un instante ofrecía el sabroso mültrün (Pan de trigo cocido), a los hombres que comían en el transcurso de aquella conversación, casi al mediodía de esa lluviosa mañana.

- Tu te llamas Antüpi - Prosiguió el Werken, dirigiéndose a éste. - Tienes condiciones personales que necesitamos para el buen éxito de este ngillatun. Tienes un genio tranquilo; eres sereno como un sol de verano, eres radiante de pureza, callado y prudente. Necesitamos de tu sangre para aplacar esta tormenta.

Ha dicho nuestra sabia hermana Machi- explicaba el Werken. En idioma Mapuche, Antüpi es la unión de dos palabras: Antü, es el sol; Pi, es dijo; decir o dicho. Entonces tenemos que **Antüpi**, significa: **Dijo Sol, pidió el Sol o palabra de sol.**

- Feley may peñi- respondía Antüpi. -Tengo disposición de colaborar. Creo que todos los de aquí estarán en las mismas condiciones; el momento es crítico y sólo unidos podremos enfrentarlo- terminó.
- Tu eres el hombre clave hermano- decía el Werken y agregó.....
- Epuwekünuain (pasado mañana en la tarde empezamos).
- Fewla amutuaiñ - dijeron los jinetes. - (Ahora nos vamos)

Ya era caída la tarde y la lluvia aunque sin vientos, caía en forma de enormes goterones que rebotaban en el suelo.

- Pewkayael pu peñi- se despidieron los jóvenes.
- Chumal am amutuaymün peñi, umawfulmün am faw, ule doy rupayafuychey maw, ürfiafuymün ko mew. Les dijo Longkomill.

(Para que se van hermanos, alójense aquí, mañana puede pasar más el agua, se pueden ahogar en las aguas).

- Tenemos que hacer muchas cosas, nos vamos no mas- dijeron.
- Peukayael, peukayael pu peñi- se despidieron.
- De inmediato enviaré mensajeros a mis vecinos y estaremos ese día en la cima del Treng-Treng todos; se despidió Longkomill.

Dos Werkenes se dedicaron a recorrer todas las casas de Lefweluan, avisando a sus hermanos de lo que estaban planificando y todos coincidieron en el ngillatun para obtener el fin de la lluvia.

Las mujeres prepararon abundante harina tostada, los hombres se noticiaron de quienes tenían caballos blancos, hubo de preparar las ovejas blancas que iban a ser sacrificadas. Los kona (jóvenes), se fueron a preparar improvisados techos de ramas en el ngillatuwe y juntaron leña, mucha leña.

Así llegó el día convenido y los mapuche empezaron a llegar al rewe (altar) de a poco; primero los hombres, después las mujeres, los niños, todos envueltos en ponchos blancos, algunos montando caballos blancos. Muy mojados pero resueltos a obtener el fin de la lluvia, prendieron fuego a la leña, mucho costó para que esta ardiera, pero luego al fin se logró.

Todos observaban muy sorprendidos la enorme grieta que bajaba del cerro.

Los longko conversaban en un rincón afinando detalles respecto del inicio: en tanto los kona agregaban leña al fuego para que el frío de las prendas mojadas no se sintieran mucho; sobre todo en los más pequeños.

Comenzaba a oscurecer, cuando un kona hizo sonar el kull-kull (cuerno de buey con un orificio en su extremo delgado que al soplar, emite un fuerte sonido). El kona estaba montando en un caballo bayo blanco e hizo agruparse a la gente al rededor del rewe.

El rewe, es un trozo de roble de un metro setenta de largo con sacados a manera de escalera, plantado en la tierra, que se le amarran grandes ramas de canelo para que suba la machi en determinados momentos, para comunicarse con las divinidades.

Una vez agrupada la multitud, Nahuelpi, longko de Malalwe se dirigió a los presentes:

- Pu peñi, pu lamngen - (Hermanos, hermanas...)
- Hoy la lluvia nos hace llegar a nuestro altar, estamos padeciendo una gran aflicción que muy bien conocemos; hace ya casi un mes que no tenemos días de sol. Nuestros sembrados, nuestros ganados ya están sufriendo las consecuencias y con ellos también nosotros. No hace años que estamos repoblando nuestras tierras, después de sufrir una guerra, hoy nos atormentan las fuerzas de la naturaleza. Nuestra madre tierra quiere ver de sus hijos un gran sacrificio. Nuestra hermana machi nos dice que solo así, aplacaremos la ira de

la naturaleza. Todos juntos debemos poner nuestra energía, nuestra voluntad para ahuyentar a las fuerzas del mal que nos asedian. Hagamos fuerza para que así sea, Marichiwew -Terminó (Diez veces ganaremos)

- Marichiwew - marichiwew - marichiwew - exclamó la multitud y sus voces se perdieron en la inmensidad del espacio, recorrieron kilómetros de distancia buscando el oído de los dioses. Eran voces como formas de truenos también; que nacía de gargantas humanas en aquella altura mojada y herida por la lluvia.

Y sonaron los kull-kull, tal vez desafiando a las fuerzas del mal, las trutruka, las pifilka sacaron sus voces, en tanto los jinetes en un número de treinta, revolvían sus corceles en los faldeos del cerro.

La lluvia lenta, espesa, como finísimas semillas caídas del cielo trataba de torcer aquellas voluntades. Los hombres, las mujeres de vez en cuando se allegaban a tomar algo de calor en los improvisados techos, donde ardía dificultosamente el fuego y las mojadas prendas emitían intenso vaho.

A pesar del frío de ese anochecer, en aquel grupo humano sentíase un leve calor, un trozo de atmósfera caliente brotaba de esa altura.

Algunos mapuche comentaban:

- Rupanole tūfachi maw, kom lapeain may- (¿si no pasa esta lluvia, todos moriremos?).

Uno más anciano se acercó y les dijo:

¡Feypikilmün anay, uya konangey tamün dungu!

- (No digan eso, es muy débil vuestra palabrería), y agregó enérgico:
- Tain wewafiel ta maw ye ta mülepain ta tūfa-
- (Para ganarle a la lluvia estamos aquí).

El día se fue, empezó la noche oscura y fría.

Sonó de nuevo el kull-kull, uno solo. Todo estaba dispuesto; la gente agrupada frente a su rewe mirando hacia la salida del sol, los jinetes detuvieron sus caballos en igual posición. La machi envuelta en un blanco chamal tomó su kultrung, empezó a golpear suavemente. Los asistentes silenciosos con sus wuño (chuecas) en las

manos otros con colihues atentamente escuchaban , observaban los movimientos de la vieja machi que empezó a cantar una triste melodía; luego dio vueltas sobre el rewe y la concurrencia de casi dos centenares, avivaban y gritaban: rupape maw,(que pase la lluvia), ¡marichiwew! (diez veces ganaremos).

Sonaban estrepitosamente los kullkul, trutruca, pifilka y kaskawilla. La machi danzando adelante con los ojos a medio vendar, era ayudada por dos jóvenes kollon, (muchacho con máscaras de madera que danzan frente a la machi pero retrocediendo en tanto esta avanza).

La noche oscura y lluviosa parecía sentir temor ante este acontecimiento, las improvisadas fogatas ardían ahora con una misteriosa fuerza, a pesar de la leña mojada. Jóvenes agregaban más y más leña otros venían a proveerse de algo de calor y continuar junto al rewe. El ngillatun estaba en pleno -los mapuche esa noche deben vencer a las fuerzas de la naturaleza.

Los longko de ambas comunidades estaban muy cerca de la machi para escuchar cada observación que esta hiciera.

Pasaban las horas, la multitud era una sola masa humana en rededor del canelo. La machi se detuvo, su auxiliar femenina (llankan) le acercó un cántarito de greda conteniendo una substancia que todos hubieron de beber, entre ellos, Antüpi.

La machi sube por las escalinatas del rewe, la multitud sacude la noche con sus gritos: Marichiwew, Rupape maw. El Kullkull y la trutruca son instrumentos de sonidos más fuerte, estos penetran las nubes y se pierden en el espacio infinito, buscando aplacar la furia de los dioses.

Cuando la machi ha bajado, retoma su kultrung, lo golpea con suavidad, poseída de su fuerza, de su sabiduría. Los espíritus del bien hablan por su boca, su esposo traduce a los longko el mensaje de los dioses.

- Mari-mari pu che, pu kona, pu ñaña- pin ta niepay ta pu longko ta tūfa-
- (Nuestros saludos a todos los hombres, las mujeres, a la gente toda. Vienen a decirnos las fuerzas de nuestra machi aquí).

- Mari-mari pu longko - exclama la multitud en coro, afirman sus wuño, sus colihues sobre la cabeza de la machi.
- Venimos de la región invisible, de la cumbre de los volcanes, del Nahuelbuta y del Villarrica. Hemos llegado hasta ustedes, estamos desmontados de nuestros caballos.
- Queremos saber todos vuestros dolores. Estamos todos a disposición de nuestra hermana machi, lo que ella nos pida, concederemos. Eso sí, nosotros también debemos exigir cumplimiento y seriedad en estos asuntos...

La machi sostiene el kultrung lo toca suave apenas se siente y canta una hermosa melodía balanceándose hacia delante y hacia atrás, con los ojos vendados después de entregar este mensaje. Entre tanto, los longko comentan acerca de lo escuchado; la multitud medita silenciosa. Luego continúa la machi:

- Feypipay ta pu longko may puen, elumuayin may kan-kan kawellu, alün mürke, kan-kan oficha, Kom lig chemkün...ka nentulafimün mollfün Antüpi pingé chi wentru, inchin may duamfiin tain iyafiel nga tüfeychi für. Eymün, inmuaymün kom tüfey chi pu chemkün, ka kütraltuaimün ta murke.
- (Así dicen los espíritus jefes: tengan pues carne de caballo blanco; mucha harina tostada; carne de ovejas blancas; también deben sacar sangre del dedo corazón a un hombre que se llame Antüpi. Nosotros necesitamos alimentarnos del olor de todas esas cosas. Por lo tanto, deben quemarlas... también la harina tostada).

Terminó diciendo la machi, dio un fuerte golpe en el kultrung y entregó a su esposo, luego dio una vuelta sobre sí. Dos mocetones la contuvieron en sus brazos, estiró sus manos tías, los longko le masajearon los brazos con grandes cuchillos, desde la palma de las manos hasta la punta de la cabeza y viceversa.

De nuevo le entregaron su kultrung; ahora lo golpeaba muy fuerte que estremecía el interior de cada asistente, quienes no cesaban de gritar: rupape maw, rupape maw, Antüpi, Antüpi, marichiwew, hiii-jiiii, hiii-jiiii, marichiwew...

Nahuelpi, el encargado principal de la ceremonia, ordenó a un joven de apellido Canío, que pusiera las carnes a los fogones como lo encomendó la machi. Este ya tenía su grupo de ayudantes y muy

prestamente dieron cumplimiento al mandato, iban poniendo las carnes, quemando la harina tostada.

Al rededor del rewe, todo era danzas, los jóvenes del kull kull, las trutruka, pifilka. Todos era gritos, sonidos en la obscuridad de la noche lluviosa y barrosa, las fogatas entregaban su precaria iluminación que hacía distinguir cientos de figuras en movimiento. Las muchachas y señoras de edad no sentían casi el peso de las prendas mojadas, bailando con mucho entusiasmo el tradicional Longkomew.

Entonces la machi se detuvo; era la mitad de la noche; la mitad de la ceremonia. Enarboló su kultrung y cantó una canción propia de cada una de ellas, donde relata el origen de su sabiduría, de su vocación. En ella, la machi relataba: "Un día siendo niña, cuidaba ovejas cerca de un monte en una mañana primaveral y una de aquellas ovejas; la más hermosa; la más querida por ella se introdujo muy adentro del bosque; emprendió una búsqueda sin resultados, en eso ella perdió su orientación y su conocimiento. Las ovejas, al atardecer, solas llegaron a su corral y la niña que las cuidaba no llegó. Sus padres, desesperados salieron tras sus pasos por las quebradas, por las casas de los vecinos, así pasó toda la noche. Al día siguiente, continuó la búsqueda por los mismos lugares donde ella acostumbraba pastar sus animales, el padre se introdujo por una delgada huella que terminaba en un gran pantano cubierto de pajonales, grandes plantas de nalcas y un espeso monte de canelos...

La niña, estaba allí, había pasado la noche en ese lugar, estaba como poseída por una extraña fuerza, masticando las amargas hojas de canelos.

- Chumimi am ñawe? Faw am ta muleimi? - Pienew nga ñi chaw-
Cantaba esa noche la mujer.

- (¿Que te ha pasado hija? ¿Aquí es donde estabas? - Le había dicho emocionado su padre).

Así había sido su perimontun, una revelación de la naturaleza que su destino era ser machi; manejar las energías del bien al servicio de su pueblo, de las circunstancias. Esa noche, ella estaba desempeñando fielmente su función.

Cantaba con una fina voz acompañada de su kultrung, bajo intensas lluvias que esa noche ella y sus hermanos tratarían de aplacar.

Rupape maw, era un grito que no cesaba un instante; de las fogatas salía intenso olor a carne, a grasa quemada, la machi danzaba ahora con más fuerza, sus pies apenas tocaban el suelo, su cuerpo de mujer cercana a los cincuenta, demostraba tener veinte años, en aquellos movimientos llenos de vitalidad.

Ordenó que le traigan a su presencia al joven Antüpi, Nahuelpi y otros kona llamaron a éste y ella con un pequeño cuchillo hizo un fino corte en la yema del dedo corazón en la mano izquierda; salió el líquido rojo- oscuro, brillante y abundante; como un fino torrente de agua de alguna vertiente tapada. La sangre fue recibida en un plato de madera, una cantidad menor a un octavo de litro era requerida. De nuevo esta subió al canelo con el plato... Ahora es cuando la multitud que la rodeaba, gritaba con la mayor fuerza posible:

- Rupape maw! rupape maaaaawwww!, rupape maaaaawwww!.-

- Antüpi!, Antüpiiiii!, Antüpiiiii!.-

- Marichiweeeewww !, Marichiweeeewww !.-

(¡que pase la lluvia!, ¡que pase la lluvia!, ¡Antüpi!, ¡Antüpi!, ¡ganaremos por siempre!...)

Los jinetes revolvían sus caballos en el barro, otros quemaban harina tostada, gran parte de la carne simplemente se entró a quemar. Los kullkull y trutruka ahogaban a las finas pifilka. El eco de esos cientos de voces llegaba hasta el cielo, se iba por las quebradas o chocaba en los cerros cercanos.

- Rupape maw! rupape maw, Antüpiiii, Antüpiiiii.-

- Marrichiweeeewww !, Marrichiweeeewww !.-

La machi sacudía las ramas del canelo a la vez que rogaba a sus fuerzas ofreciendo el contenido del plato en un lenguaje que solo ellas dominan. No hubo noción del tiempo en esta etapa, puedo ser media hora, una hora, dos... Pero cuando ella bajó, poco faltaba para venir la claridad, una vez en la tierra, tomó su kultrung e hizo danzar a todos nuevamente en dirección a la salida del sol; ella junto a Antüpi delante de los demás, avanzaban, retrocedían en la dirección

señalada. Se trajo la carne cocida, también la harina que aún quedaba y los pusieron junto al rewe, en señal de ofrenda. el baile no debía parar, algunos traían pequeños trozos de carne que había de consumir, los mapuche sintieron que la lluvia ya no era la misma de hace algunas horas, incluso el cielo mostraba algunas estrellas... ¿O era ilusión? No, era verdad. Declinaban las aguas y más estrellas aparecían a los sorprendidos ojos. Pero, ¿era verdad todo eso?. ¡Si! cada vez menos agua. Todos lo confirmaban. Habían sido escuchados, pero era necesario confirmarlo. Había que esperar.

Entonces, se detuvo la danza, la machi pidió su kultrung, lo golpeo al rededor del canelo con la velocidad de un remolino; lo sacudió sobre su cabeza, se detuvo a cantar para entregar el último mensaje. Cesaron los gritos; escucharon cada uno en silencio con esmerada atención. La lluvia disminuía mas y más.

-Feley may pu che- dijo ella.

- Pürakawelluetuaiñ may tüfa, müna wesa dungu may müleafulu puen. Eymün may kim che, feymew may ngillatuymün.

Allkütunmangey tamün dungu, tamün weñankün may elulayafin nga ni pu che. Pin may niefuy pu lonko.

- Welu yewfalkilmün, wesake dungu may küpaley tufa. Ka weñankün antü may kupaley puen. Ngillatunmekelmün, kimniaymün ta dungu. Pin ta nielley ta pu longko.

- Fewla pura kawelluetuin ta tüfa. Dapinieyelmün tamün lawengelu, küme feleaymün. Chem wesa dungu mew may konkilpe. Eymün may kimniaymün tamün antü, tamün chumleal mongen mew. Pin may niey ta pu longko puen-. Con un fuerte golpe en el kultrung terminó aquella canción - mensaje.

- Así es gente, empezó la machi en su canto moviendo su cuerpo como un árbol sacudido por el fuerte viento, se inclinaba hacia adelante, hacia atrás golpeando el kultrung.

(- Ya estamos sobre nuestros caballos ahora. Malas cosas habían sobre ustedes, pero son sabios, por eso hicieron este ngillatun. Les han sido escuchados vuestros clamores, vuestras penas . Dicen las fuerzas que están sobre mi- Hablaba la machi.

(-Van a pasar estas lluvias, mas tormentos no les daré a mi gente dicen los espíritus superiores)

(- Pero no se descuiden, malas cosas vienen en camino. Penosos días vienen cabalgando sobre ustedes. Si siguen haciendo rogativas, estarán sabiendo las cosas que vienen - dicen las fuerzas de las alturas.- hablaba.

- Ahora estamos sobre nuestros caballos. Cuiden mucho vuestra médica, que no le alcance ninguna mala situación. Ustedes serán los sabedores y responsables de sus días futuros...- Eso dicen los espíritus- concluyó.)

Un golpe en el kultrung, fue el sello para aquellas palabras, sacudió el instrumento en su cabeza, bailó con él tocándolo y se lo tiró a su esposo que lo recibió en el acto, ella como embriagada dio varias vueltas sobre si misma, dos jóvenes la sostuvieron para que no se cayera y de nuevo los cuchillos le recorrieron los brazos y la cabeza.

El lucero del alba, visible ahora, retiraba las últimas estrellas del firmamento, la lluvia había disminuido notoriamente.

Los mas optimistas decían que un sol aparecería en algunas horas a saludarles por la obra realizada.

Los mapuche seguían gritando y bailando, ahora mas jubilosos juntos a Antüpi, sabedores de haber sido escuchado.

- Rupayay maaaawww, rupayay maaaawww gritaban.

- (Pasará la lluvia, pasará la lluvia)

- Antüpiiiii, Antüpiiii, marichiwewwwww, marichiwewwwww.

- Hiiiiii- jiiii. hiiii-jiiiiii.

Una vez repuesta de su estado de trance, la machi siguió bailando con Antüpi y todos los demás en dirección a la salida del sol. Las fogatas ardían y ardían; algunos jinetes parecían llevar al compás de la trutruka con sus caballos, otros agregaban leña al fuego para secar las prendas mojadas. Los niños ya no estaban en el rewe, buscaban el calor del fuego.

Las mantas, los chamales, todo estaba mojado pero los cuerpos no sentían el frío de la mañana, la machi pidió su kultrung, ordenó bailar al rededor del rewe, dando vueltas y vueltas como al iniciar la ceremonia, hasta que el día por fin se logró, la lluvia era apenas una escasa y fina neblina. Los primeros rayos del sol ya se vislumbraban

detrás de la cordillera, el cielo estaba casi completamente despejado, las nubes se dispersaban como huyendo de algo, hacia distintas direcciones.

Cuando la machi dio por finalizado el acto, ya un tibio sol comenzaba alumbrando el cielo. Un tibio y tranquilo día era lo que venía, era como el genio de Antüpi, prometía ser de un invierno en calma, sin viento, de hojas brillosas en los árboles, de torrentes corriendo enfurecidos quebradas abajo buscando unirse a las extendidas aguas del estero Malalwe, convertido en un caudaloso río después de veinticinco días con lluvia.

La gente se agrupó al rewe, Nahuelpi junto a Longkomill agradecieron a la machi, a sus kona, a las mujeres; la voluntad que todos pusieron para doblar la acción de las fuerzas naturales.

Estaban muy mojados, con frío y lleno de barro pero, en sus corazones latía esa satisfacción que brindan las jornadas ganadas a costa de grandes sacrificios.

Con un gigantesco grito de Marichiwew! ¡ Antüpi! se dio por finalizada aquella significativa ceremonia. Aún quedaba mucha carne de caballo, de ovejas, que compartieron felices todos aquellos mapuche al lado de las grandes fogatas.

Carne asada con multrün comían algunos glotonamente cuando el sol, en una actitud de tímida lentitud se encumbraba en el cielo. Posaba ante los ojos de la gente como avergonzado de estar tanto tiempo oculto de sus funciones y que ahora demostraba un arrepentimiento, una clara intención de secar todas aquellas rucas empapadas de agua.

Pero aquel deslizamiento había de quedar con el paso de los años como un testigo de lo que pudo ser una tragedia natural de proporciones. Tal vez de eso, sentía remordimientos el sol.

Los lonkos de Malalwe y Lefueluan compartían alimentos y conversación . El joven Antüpi dialogaba con la machi al lado de una gran costilla asada de cordero que les habían entregado para consumir. Ella sentíase muy cansada y su conversación giraba en recordar episodios, anécdotas de su vida, enfrentando y reparando los daños que ocasionaba la naturaleza; sean estos en el cuerpo humano si se trataba de enfermos o cuando algunos años venían muy secos y había que hacer llover. Entonces, era otro el estilo de la ceremonia.

El sol ya colgaba casi al medio del firmamento; los jóvenes, recuperados del frío se disponían a bailar el dinámico Choyke-purun (baile del avestruz), al compás del kultrung que una anciana de cabellera emblanquecida por los años, hacía sonar, acompañando el ritmo con una hermosa melodía.

En las quebradas, los torrentes rugían como feroces monstruos que huyen de un hábitat que no les pertenece. Parecían buscar desesperadamente entre los cajones montañosos, el camino más corto para llegar al mar.

Fin
1989

Publication Working Paper Series

Nordbø, Ingeborg (2001) The Destiny of the BiobíoRiver. Hydro Development at Any Cost
Working Paper Series 1 Ñuke Mapuförlaget . ISBN 91-89629-00-0

Ibacache Burgos, Jaime, Sara McFall, José Quidel (2002) RUME KAGENMEW TA AZ MAPU, Epidemiología de la Trasgresión en Makewe-Pelale
Working Paper Series 2 Ñuke Mapuförlaget . ISBN 91-89629-01-9

Tamagnini, Marcela.(2002) Cartas de Frontera. Los documentos del conflicto interétnico
Working Paper Series 3 Ñuke Mapuförlaget ISBN 91-89629-02-7

Loncon Antileo Elisa El Mapudungun y Derechos Lingüísticos del Pueblo Mapuche.
Working Paper Series 4 Ñuke Mapuförlaget ISBN 91-89629-04-3

Ibacache Burgos Jaime, Margarita Trangol, Lilian Díaz, Claudia Orellana, Carlos Labraña (2002) Modelo de Atención en Salud Integral Rural Complementaria. Experiencia sectores de Colpanao y Rañintuleufu
Working Paper Series 5 Ñuke Mapuförlaget ISBN 91-89629-05-1

Ancán Jara José, Calfío Montalva Margarita (2002) Retorno al País Mapuche: Reflexiones sobre una utopía por construir.
Working Paper Series 6 Ñuke Mapuförlaget ISBN 91-89629-06-X

Unidad de Salud con Población Mapuche. Servicio de Salud Araucanía Sur. Equipo Mapuche de Cogestión en Salud (2002) Propuesta para una Política de Salud en Territorios Mapuche.
Working Paper Series 7 Ñuke Mapuförlaget ISBN 91-89629-08-6

Unidad de Salud con Población Mapuche. Servicio de Salud Araucanía Sur. Equipo Mapuche de Cogestión en Salud (2002) Relaciones Familiares en el Mundo Mapuche ¿Armonía o Desequilibrio?
Working Paper Series 8 Ñuke Mapuförlaget ISBN 91-89629-09-4

Barrenechea Vergara Paulina (2002) Usos y mecanismos literarios en el discurso mapuche: Desde los "antiguos" a la nueva poesía.
Working Paper Series 9 Ñuke Mapuförlaget ISBN 91-89629-07-8

Serie Relatos - Testimonios

Loncon Antileo, Ricardo (2002) Rupape Maw, Que pase la lluvia.
Serie Relatos - Testimonios 1 Ñuke Mapuförlaget . ISBN 91-89629-10-8



Ricardo Alberto Loncon Antileo Nació en 1957 en Lefweluan comunidad Mapuche cercana a Traiguén en la novena región de Chile.

Se ha desempeñado en oficios como agricultor, obrero metalúrgico, vendedor de publicidad, locución radial entre otros. Escritor de cuentos, poemas, guiones de cortometraje. Se define como un creador cuyo máximo sueño es ser realizador en arte cinematográfico. Obedeciendo al latido de su veta artística incursiona desde temprana edad en literatura en el género poesía que más tarde difunde en el programa “Buenos días poesía” transmitido por Radio Regional de Traiguén, cuando se hace miembro fundador de la “Agrupación Cultural Frontera de dicha Ciudad en 1991.

En 1992 participa en un concurso de cuentos por el Programa radial Puelche de Santiago de Chile obteniendo el primer lugar con “Tuwin Malen” obra que es publicada en revistas “Kalfupulli” de Temuco en el año 1993. Participando en concurso de cuentos organizado por Fundación de Comunicaciones del Agro FUCOA en 1994 no obtiene premio pero su obra, “los Medieros” es publicada en Santiago en el libro “Historias y cuentos campesinos chilenos”. Como integrante fundador del Centro de Comunicaciones Mapuche Xen Xen de Temuco participó creando programas radiales bilingües que se difundieron en la región. Se traslada a Santiago en 1996 donde logra estudiar un semestre de televisión en la corporación cultural de Ñuñoa. Ha escrito 4 guiones de cortometraje que espera tiempos favorables para su realización. Algunos de sus poemas se publicaron en : Revista Simpson Siete y La hoja Verde ambas de la sociedad de escritores de Chile, Santiago 1992. También han sido Publica dos en la Revista Pentukun del Instituto Indígena de la Universidad de la Frontera. Temuco 1995 y Revista Pewma, Poesía Joven del Sur, Temuco 1996. Además de las publicaciones en la revista Frontera de la Agrupación Cultural del mismo nombre. En el año 2000 obtiene el primer lugar con su cuento “Futra Malle” en concurso organizado por Fundación de Comunicaciones del Agro FUCOA, Santiago de Chile.

Ricardo Loncon A., Millahue 260, San Joaquín, Santiago de Chile, Tel. (56-2) 2931645. Correo electrónico: ricardoloncon@hotmail.com